

La paz y la reacción
León Trotsky
Junio de 1917

(Versión al castellano desde “La paix et la réaction”, en *L’année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 15-23, también para las notas. Publicado en *Vperiod*, junio de 1917)

El 3 de marzo de 1916, en la sesión de la Duma, M. Miliukov respondía de esta guisa a una crítica de la izquierda: “No estoy seguro de que el gobierno esté a punto de llevarnos a la derrota, pero de lo que sí estoy seguro es de que una revolución en Rusia nos llevaría a ella, sin lugar a dudas, y que nuestros enemigos tienen razón, por tanto, en desearla. Si se me dijese que organizar a Rusia para la victoria equivale a organizarla para la revolución, respondería: mientras dure la guerra, vale más dejarla en el estado de desorganización en el que se encuentra.” Esta cita es interesante desde dos puntos de vista. No prueba solamente que, todavía en el año pasado, M. Miliukov consideraba que los intereses alemanes estaban tras toda revolución, fuese la que fuese, y no solamente la de los internacionalistas, sino también que es la expresión característica de un calumniador liberal. La predicción de M. Miliukov es muy interesante: “Sé que una revolución en Rusia nos llevará sin lugar a dudas a la derrota.” ¿Por qué tal certeza? En tanto que historiador, M. Miliukov debe saber que ha habido revoluciones que han llevado a la victoria. Pero en tanto que hombre de estado imperialista, M. Miliukov no puede ignorar que la idea de conquistar Constantinopla, Armenia y Galicia es incapaz de suscitar el entusiasmo de las masas revolucionarias. M. Miliukov sentía e incluso sabía que en su guerra la revolución no podía llevar a la victoria.

Cuando estalló la revolución, M. Miliukov trató enseguida, evidentemente, de uncirla al carro del imperialismo aliado. Por ello fue acogido con éxtasis por los sonoros y metálicos tintineos de todas las cajas fuertes de Londres, París y Nueva York. Pero este tintineo chocó con la resistencia casi instintiva de los obreros y soldados. M. Miliukov ha sido expulsado del gobierno; seguramente para él la revolución no fue sinónimo de victoria¹.

Miliukov partió pero la guerra continuaba. Se formó un gobierno de coalición compuesto de demócratas pequeñoburgueses y de representantes de la burguesía que hasta ese momento habían retraído sus garras imperialistas. Puede que esta coalición no haya revelado en ninguna parte mejor su carácter contrarrevolucionario que en el dominio de la política internacional, es decir ante todo en el de la guerra. La gran burguesía ha enviado a sus representantes al gobierno para defender en él la idea de “una ofensiva en el frente y un fidelidad inalterable hacia nuestros aliados” (resolución del congreso del partido kadete). Los demócratas pequeñoburgueses, que se bautizan como “socialistas”, han entrado en el gobierno para, “sin aislarse” de la gran burguesía y sus aliados imperialistas, terminar la guerra lo más rápidamente posible y de la forma menos mala posible para todos los beligerantes: sin anexiones, sin indemnizaciones ni tributos e, incluso, con la garantía de la autodeterminación nacional.

Los ministros capitalistas han renunciado a las anexiones esperando días mejores. A cambio de esta concesión puramente verbal han obtenido de sus colegas

¹ El 1 de mayo, Miliukov, ministro de asuntos extranjeros, abordó en una nota a los gobiernos aliados honrar los compromisos del régimen zarista en materia de política extranjera. Ello provocó manifestaciones de protesta y enfrentamientos callejeros. Fue expulsado del gobierno y reemplazado por Tseretelli, hasta entonces ministro de finanzas. El 18 de mayo se formó un gobierno de coalición con la participación de los socialistas. Lvov siguió siendo primer ministro, Kerensky se convertía en ministro de la guerra.

demócratas pequeñoburgueses la promesa firme de no desertar del campo de los Aliados, reforzar al ejército y hacerlo capaz de retomar la ofensiva. Renunciando (momentáneamente) a Constantinopla, los imperialistas hacen un insignificante sacrificio en la medida en que, tras tres años de guerra, la ruta hacia Constantinopla no ha encontrado atajo sino que se alarga. Pero los demócratas, a cambio de esta renuncia completamente platónica a una muy hipotética Constantinopla por parte de los liberales, han asumido toda la herencia del gobierno zarista, han reconocido todos los tratados firmados por ese gobierno y han puesto toda la autoridad y el prestigio de la revolución al servicio de la disciplina y de la ofensiva. Para los “líderes” de la revolución ello implicaba en primer lugar la renuncia a cualquier policía internacional independiente, y esta conclusión le pareció absolutamente natural al partido pequeñoburgués que, desde el mismo momento en que tuvo mayoría, abandonó voluntariamente todo el poder que detentaba. Habiendo encargado al príncipe Lvov crear una administración revolucionaria, a Shingarev poner en pie las finanzas de la revolución y a Konovalov organizar la industria, la democracia pequeñoburguesa no podía hacer otra cosa más que dejar al cuidado de MM. Ribot, Lloyd George y Wilson la defensa de los intereses de la Rusia revolucionaria.

Aunque en su fase actual la revolución no haya cambiado el carácter de la guerra no por ello ha dejado de ejercer una profunda influencia sobre el agente activo de la guerra, es decir sobre el ejército. El soldado ha comenzado a preguntarse por qué derrama su sangre, a la que le da ahora más valor que bajo el zarismo. E, inmediatamente, la cuestión de los tratados secretos se ha planteado de forma imperativa. Volver a poner al ejército en condiciones de batirse significaba romper la resistencia democráticamente revolucionaria de los soldados, volver a adormecer su conciencia despertada desde hace poco y, hasta que se anuncie la “revisión” de los antiguos tratados, colocar al ejército revolucionario al servicio de los objetivos del antiguo régimen. Esta tarea era demasiado pesada para el octubrista-borbónico² Guchkov, y lo aplastó. Para realizarla no se precisaba nada mejor que a un “socialista”. Y se lo encontró en la persona del “más popular” de los ministros, Kerensky.

El ciudadano Kerensky ha expuesto su bagaje teórico en una de las primeras sesiones del Congreso Panruso. Es difícil imaginar alguna cosa más insípida que sus perogrulladas provincianas y pedantes sobre la Revolución Francesa y el marxismo. Las fórmulas políticas del ciudadano Kerensky no se caracterizan ni por la originalidad ni por la profundidad. Pero posee indiscutiblemente el talento de adornar la reacción más filisteo con las florituras revolucionarias de rigor. En Kerensky se reconocía *a sí misma* la burguesía inteligente y semiinteligente bajo una forma más “presentable” y con decorados que no son los de todos los días pero que tienen todo el aparato, toda la pompa, del melodrama.

Explotando a fondo su popularidad para acelerar la preparación de la ofensiva (en todo el frente imperialista de los Aliados), Kerensky se convierte de forma natural en el favorito de las clases poseedoras. No solamente Tereshchenko, ministro de asuntos exteriores, está de acuerdo con la alta estima en que tienen nuestros Aliados los “esfuerzos” de Kerensky, no solamente es que *Riech*, que critica tan severamente a los ministros de izquierda, no se cansa de felicitar al ministro del ejército y de la marina Kerensky, sino que incluso Rodzianko considera su deber señalar “las nobles y patrióticas tareas” en la que está inmerso nuestro ministro del ejército y la marina, Kerensky: “Este joven hombre [para citar a Rodzianko, presidente octubrista de la Duma] resucita cada vez con un vigor redoblado, para el mayor bien de su país y del trabajo constructivo.” Circunstancia gloriosa que no le impide a Rodzianko, sin

² Octubrista: partido monárquico y proimperialista que apoyaba el “Manifiesto del zar” de octubre de 1905; dirigido por Guchkov.

embargo, esperar que una vez que el “trabajo constructivo” de Kerensky haya alcanzado el nivel conveniente puedan sucederle los esfuerzos de Guchkov.

Durante ese tiempo, el ministerio de asuntos extranjeros de Tereshchenko se esfuerza en persuadir a los Aliados para que sacrifiquen sus apetitos imperialistas en el altar de la democracia revolucionaria. ¡Es difícil imaginar empresa más infructuosa y, a pesar de su trágico y humillante carácter, más ridícula que ésta! Cuando Tereshchenko, siguiendo el estilo de un editorialista de diarios de provincias del género democrático, intentó explicar a los empedernidos jefes del pillaje internacional que la revolución rusa era verdaderamente “un movimiento intelectual pujante, que expresa la voluntad del pueblo ruso en su lucha a favor de la igualdad [...]”, etc., cuando, además, aquél “no duda” de que “una estrecha unión entre Rusia y sus aliados [*los empedernidos jefes del pillaje internacional*] asegurará de la forma más completa posible un acuerdo en todas las cuestiones que están en juego en la principios proclamados por la revolución rusa”, es difícil desembarazarse de una sensación de asco ante tal mezcolanza de impotencia, hipocresía y estupidez.

Parece ser que, en ese documento de Tereshchenko, la burguesía se ha reservado todos los pasajes decisivos: “fidelidad inalterable a la causa de los Aliados”, “inviolabilidad de la promesa de no firmar una paz por separado” y aplazamiento de la revisión de los objetivos de guerra a “un momento favorable”, que se traduce en pedirle al soldado ruso que siga derramando su sangre por dichos objetivos de guerra imperialista (que parecen ser, precisamente, tan poco oportunos de publicar, tan poco oportunos de revisar) hasta que llegue el “momento favorable” Todo el horizonte político de Tsereteli se revela en la fatua complacencia con la que llama la atención del Congreso Panruso sobre ese documento diplomático que contiene, según él, “palabras claras y francas, en el lenguaje de un gobierno revolucionario, sobre los objetivos de la revolución rusa”. Una cosa no puede negarse: los llamamientos cobardes e impotentes dirigidos a Lloyd George y a Wilson están redactados en los mismos términos que los del Comité Ejecutivo de los Soviets a Albert Thomas, Scheidemann y Henderson. A lo largo de ambos textos se encuentra una identidad de objetivos y (¿quién sabe?) puede que incluso una identidad de autor³.

En un lugar a primera vista inesperado puede encontrarse una perfecta apreciación de todas esas últimas notas diplomáticas del tándem Tereshchenko-Tsereteli: *L'Entente*, diario publicado en francés en Petrogrado y órgano, precisamente, de esos Aliados a los que Tereshchenko y Chernov juran una “inquebrantable lealtad”. “Admitimos de buena gana [dice ese diario] que en los medios diplomáticos la publicación de esta nota se esperaba con cierta inquietud”. De hecho, no es fácil, como lo admite ese órgano oficial, encontrar una fórmula que concilie los objetivos

³ Al principio de la revolución los moderados de los soviets lanzaron un llamamiento, a través del comité ejecutivo, a los socialistas y al proletariado de los países beligerantes para que rompiesen con sus gobiernos imperialistas; pero poco a poco se abandonó esta política revolucionaria y el comité ejecutivo participó en la vergonzosa reunión de los socialpatriotas de Estocolmo, a pesar de las protestas de los bolcheviques. Para señalar el carácter no revolucionario del comité ejecutivo es suficiente con decir que colaboró con Scheideman, Albert Thomas (Francia), Henderson (Inglaterra) y otros socialpatriotas. El socialismo moderado actuó como el viajante de la diplomacia burguesa. Uno de los documentos secretos publicados tras la subida al poder de los bolcheviques muestra el varadero carácter de la Conferencia de Estocolmo, con la que, sea dicho de pasada, los socialistas independientes de Alemania rehusaron tratar: se trata de un telegrama fechado el 18 de agosto, dirigido por el embajador de Rusia en Estocolmo al gobierno provisional y que informa de una conversación con Branting, uno de los organizadores socialpatriotas de la conferencia. Éste declaró que estaba dispuesto a abandonar la conferencia si Kerensky la juzgaba no oportuna y que usaría toda su influencia sobre el comité escandinavoholandés para lograrlo. El telegrama acababa pidiendo se guardase secreto sobre esta conversación a fin de no comprometer a Branting pues, si no, se perdería una importante fuente de información. ¡La conferencia socialista, útil complaciente de la diplomacia! (Nota de Luis C. Fraina, 1918)

contradictorios de los Aliados. “En lo tocante a Rusia, en particular, la posición del gobierno provisional era muy delicada y plena de peligros. Por una parte, era obligatorio tener en cuenta el punto de vista del consejo de delegados obreros y soldados y, en la medida de lo posible, representar ese punto de vista; por otra parte, era preciso manejar las relaciones internacionales y a las potencias amigas, a las que era imposible imponerles la decisión del consejo.”

Y el gobierno provisional salió de esta prueba puro y sin mácula”

En el documento que tenemos delante de nuestros ojos tenemos pues los principales puntos del catecismo revolucionario incluidos, registrados y sellados por el gobierno provisional. No falta nada que sea esencial. Todos los bellos sueños, todas las bellas palabras del diccionario están correctamente utilizadas. Se encuentra en él la igualdad, la libertad y la justicia en las relaciones internacionales. *Todo está allí pues*⁴, al menos en las palabras. Ni el más rojo de los camaradas puede encontrar en él nada que objetar, el gobierno provisional no tiene nada que temer...

“Pero, ¿y los Aliados?”, pregunta *L’Entente*. “Si lo estudian atentamente y leen entre líneas (!) a la luz de la buena voluntad y de la amistad hacia la joven democracia rusa, los aliados podrán encontrar en diversos puntos de la nota... ciertos pasajes agradables que tienen por objeto reafirmar su confianza un poco vacilante. Saben bien que la posición del gobierno provisional no es del todo cómoda y que sus esfuerzos en prosa no deben tomarse demasiado al pie de la letra... La garantía fundamental que el gobierno le ofrece a los Aliados consiste en que... el acuerdo firmado en Londres el 5 de septiembre de 1914 (compromiso a no firmar una paz por separado) no debe revisarse. Por el momento, eso nos satisface completamente.”

Y también a nosotros. De hecho sería difícil emitir un juicio más despreciable sobre la “prosa” de Tereshchenko-Tsereteli que el publicado en el muy oficial *L’Entente*, que saca su inspiración de la embajada de Francia. Esta apreciación, que no es inamistosa en ningún caso con Tereshchenko o con quienes están tras él, descarga un golpe mortal a los “esfuerzos constructivos” de Tsereteli, que tan calurosamente nos ha recomendado el “lenguaje franco y abierto” de ese documento. “No se ha olvidado nada, jura ante el congreso, satisfecerá la conciencia de los más rojos de los camaradas.”

Pero esos expertos en prosa diplomática se equivocan: no dejan satisfecho a nadie. ¿No es significativo que los acontecimientos de la vida real respondan a los llamamientos de Kerensky y a las reprimendas y amenazas de Tsereteli con un golpe tan terrible como la revuelta de los marinos del Mar Negro⁵? Se nos había dicho que *allí*, entre los marinos, era donde estaba la ciudadela de Kerensky, el hogar del “patriotismo” que reclamaba la ofensiva. Los hechos, una vez más, han administrado un correctivo sin piedad. Adoptando en política extranjera la posición de los antiguos acuerdos imperialistas y capitulando en el interior ante las clases poseedoras, era imposible unir al ejército mediante una combinación de entusiasmo revolucionario y disciplina. Y, afortunadamente, el “gran bastón” de Kerensky ha demostrado ser demasiado corto.

No, es seguro que por este camino no vamos a ninguna parte.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

⁴ En el texto original en francés “*Donc tout y est*”.

⁵ A partir del 19 de junio de 1917 se produjeron revueltas en la flota del Mar Negro. Kochak fue depuesto y, bajo la influencia de los bolcheviques, los marinos eligieron a sus propios jefes.